“Tras la barra del bar”

“Casa Tomás” era un buen sitio donde comer, eso quedaba claro nada más entrar en esa tasca de barrio. Su mostrador bien surtido de tapas, raciones y algunos dulces, sus seis mesitas para el menú del día, y ese olor característico de una cocina que no descansa. Y Tomás, mi padre y el dueño del local, siempre con su camisa blanca, con un poblado bigote que remataba su redondo, rojizo y siempre sonriente rostro de bonachón, tan gordo que apenas se manejaba en las estrechas dimensiones de la barra, no hacía sino confirmar que aquel era un lugar para gente con buen apetito.

Mis primeros recuerdos se encuadran también en aquel bar, donde de pequeña corría de un lado para otro, dando mucha guerra a mis padres, pidiéndoles continuamente que me dejaran servir los platos o fregar los vasos, poniéndome de puntillas para alcanzar a ver como preparaba el cocido mi madre en aquella cocina tan alta para mi, o preguntando descaradamente el nombre a los clientes no habituales como si yo fuera una relaciones públicas de juguete. Y así transcurrió mi niñez, entre el olor a calamares fritos y sopa juliana, a coñac y a puros baratos, entre incansables jugadores de cartas, conocidos borrachos y aprovechados que tras pedir un café y leer el periódico, pasaban el día entero viendo la tele.

Tenía yo quince años cuando murió mi madre. Siempre estaba malucha, pero no lo suficiente como para abandonar a mi padre en el negocio. Muchas veces la vi en la cocina con la cara descolorida, aguantando como podía el ajetreo del bar y el calor de los fogones, pero siempre, siempre, poniendo todo el amor del que era capaz en los platos que preparaba. Porque mi madre había nacido para la cocina y eso se notaba, nadie como ella conseguía dar un toque tan especial a la más sencilla preparación. Realmente amaba su trabajo y los resultados eran excelentes, desde la tortilla de patata hasta la tarta de manzana, pasando por los cocidos y guisos, habituales en el menú del día, la plancha, bocadillos, pescados o lo que le echaran, pues era su cocina muy casera y agradable, sencilla pero deliciosa. Recuerdo una vez cuando Don Juanillo, que así llamaban entre el respeto y el pitorreo al más borracho de los clientes

habituales, tras ceder al consejo de mi padre de que o comía algo o no le servía más copas de anís pues ya había rodado por el suelo dos veces, nada más dar el primer mordisco al pincho de tortilla que su temblorosa mano atinó alcanzar en la barra, le cambió la cara y yo juraría que hasta la borrachera se le menguó (no toda, que era mucha); al verle dar los siguientes bocados parecía más bien que estuviera disfrutando de un delicioso venado asado que de un simple pincho de tortilla de patata. Y es que, como ya digo, mi madre hacía delicioso lo simple. Bueno, y Don Juanillo acabó queriendo entrar a abrazar y besar a la cocinera, aunque mi padre consiguió que olvidara la idea sirviéndole una nueva copa de anís, mientras todos los allí presentes reíamos.

Fue a partir de entonces cuando pasé a encargarme de la cocina pues mi padre ya tenía bastante con atender la barra, siempre poblada de buenos bebedores. Afortunadamente, no sólo heredé de mi madre sus preciosos ojos negros sino también el amor a la cocina; a base de ayudarla desde pequeña y presenciar un día tras otro cómo volcar en un plato todo el cariño que hay que volcar, me había convertido yo también convertirme en una pequeña experta. Pues si, cocinar me enloquece, y comer también, claro, pues son dos cosas que creo que han de ir unidas. Y aunque intento no abusar de la segunda, jamás me veo harta de la primera.

El negocio no iba mal y trabajo no faltaba, sobre todo a mediodía cuando parecía que todo el barrio pasaba por las seis mesitas donde servíamos el menú del día. Para ser sincera, la verdad es que no dábamos abasto, pues ya digo que solamente la gente de la barra mantenía casi en exclusividad ocupado a mi padre mientras yo me dividía como podía entre los fuegos y las mesas, a las que también atendía mi padre cuando le daban un momento de respiro. Por tanto, mi padre pensó que no era cuestión de estirar tanto la cuerda, pues él era ya mayor y yo aún demasiado joven, y buscar ayuda.

Y fue así como conocí a Manuel, que recomendado por uno de los parroquianos a quién mi padre tenía más aprecio, entró a trabajar para nosotros echándole una mano a mi padre en la barra y sirviendo las mesas. Era un chico joven, de unos 19 años, moreno, delgado, alto y muy, muy callado. Ni decir tiene que desde que le vi la primera vez me enamoré de él, me enamoré como una burra. Y es que el tío estaba bueno de veras; y eso que yo tampoco hacía mucho caso

a los chicos del barrio que desde hace mucho tiempo me tiraban los tejos y venían al bar para verme o intentar hablarme, aunque yo me ponía en un plan absolutamente inaccesible para esos palurdos. Pero oye, Manuel no se lo que tenía pero yo andaba loquita por él, todo el día con el corazón acelerado. Manuel, ¿quieres comer algo? Manuel, mira, prueba esto y verás qué bueno está. Manuel, ¿tienes sed? Y Manuel, el seco de él, solo me respondía con nones. Pero a mi cuanto menos caso me hacía, más me gustaba. Yo nunca había estado con un chico, en la cama, se entiende, pero Manuel sólo habría tenido que pedirme un vaso de agua para arrancarme el delantal y el vestido y todo, y delante del mismísimo Don Juanillo y de mi santísimo padre, entregarme a sus brazos... y a todo lo demás, allí mismo, encima de una de esas mesas llenas de platos y comensales. Y así andaba yo, más salida que nadie, con las hormonas a flor de piel y vistiendo la ropa más provocativa que podía sin que mi padre me llamara la atención. Hasta los clientes se me quedaban mirando, pues, modestia a parte, servidora no estaba nada mal: largas piernas, pechos pequeños (pero que esperaba que crecieran mucho más), pelo largo muy negro, como los ojos, recogido en una coleta, ¡ah! y un buen culo, según decían algunos parroquianos cuando mi padre no podía oírlos. Pero Manuel no me miraba ni a tiros. O si lo hacía desde luego yo no le veía nunca. No se si por la diferencia de edad o porqué que demonios, pero mantenía conmigo una relación estrictamente profesional, sólo me dirigía la palabra para indicarme lo que habían pedido de segundo o para reclamarme algún postre. Y así hasta que a media tarde, cuando ya bajaba la clientela, se iba del bar y yo me quedaba allí, hundida y contando las horas hasta la mañana siguiente para volverlo a ver, prometiéndome que la próxima vez le obligaría a hacerme caso.

Y fue una de esas mañanas, unos diez meses después de entrar Manuel a trabajar, cuando mi pobre corazoncito de adolescente enamorada se rompió por vez primera en mil pedazos al ver entrar a Manuel al bar, un poco antes de lo habitual. Lo acompañaba una chica de unos 20 años, rubia de bote, y vestida como una puta me pareció a mi; desde luego casi no dejaba lugar a la imaginación. Si hasta Don Juanillo, que hacía media hora que había entrado a “trabajar”, dejó su primera copa de anís en la barra para observar sin estorbos las curvas de aquella lagarta, desde el culo hasta el escote, pues hizo como que iba al servicio para contemplar desde todos los

ángulos a la recién llegada, todo un profesional este Don Juanillo. Ni saludé a Manuel y, aunque hubiera preferido encerrarme en la cocina y no ver nada, me quede revoloteando por la barra, viendo amargamente como la cogía por la cintura mientras ella le acariciaba el brazo izquierdo y se pegaba a su cuerpo. Muerta de envidia y desamor, les serví dos cafés con leche mirándoles a la cara pero ni me vieron. Cuando, tras acabar rápidamente el café, se despidieron dándose lentamente un beso en la boca, noté un vacío en el pecho y me fui corriendo a la cocina, a pelar cebolla para las tortillas, le dije a mi padre, y que así no notara que estaba llorando por ese miserable sin corazón. En todo el día no miré a Manuel a la cara pues me sentía traicionada, y así, por una vez, la relación profesional entre ambos fue mutua. Pero pocos días después las jornadas se me hacían largas, muy largas, pues Manuel seguía gustándome, quizá más que antes, ahora que lo veía inalcanzable, y todo el día andaba devorada por los celos, imaginándomelo en la cama con aquella asquerosa de tetas gordas, revolcándose como animales bajo las sábanas, sobándose durante horas entre sudores y jadeos, pero qué asco... Aquello afectó como es de imaginar a mi ego de papel de fumar; me miraba al espejo más que nunca y me veía horrible, incluso mi padre estaba preocupado animándome para que me preparara más, pues ahora me vestía como una monja. El remate vino cuando unos tres meses después, Manuel, ese cerdo ciego, le dijo a mi padre que nos dejaba, que le había salido otro trabajo mejor y que se iba. A mi entonces me dio la llorona, aunque reconozco que en parte era de alegría por dejar de sufrir viéndole cada día.

Sin embargo poco tardé en arrepentirme de desear su partida, pues no hacía más que recordarle. Me volví más antipática con los clientes y andaba de un lado para otro como si en ello me fuera la vida, tanto es así que aunque entonces volvíamos a ser sólo dos en el bar, yo sola me bastaba para ocuparme de la cocina, de las mesas e incluso aún sacaba tiempo como para echarle una mano a mi padre en la barra. Pero eso si, era en la cocina donde volcaba toda mi rabia y donde me desahogaba preparando enormes bandejas de ensaladilla rusa, con doble ración de atún, aceitunas y huevo cocido, tortillas de patata familiares, con mucha cebolla y pimientos verdes, y un sin fin de croquetas de jamón y de pollo, de las que daba buena cuenta cada vez que sobraban, lo cual ocurría siempre pues, con tal ansia, cocinaba como para un

batallón. Tampoco le hacía ascos a los guisos y cocidos que preparaba recargándolos de tocino fresco, chorizo, morcilla y otros sacramentos. Mi padre, sorprendido por tal frenesí culinario, achacó aquel apetito voraz a mi edad. “Con lo que comes acabarás siendo más alta que yo”, me decía el pobre. Pues si, y más ancha también, pensaba yo.

Afortunadamente para mi figura, pues ya empezaba a estar rellenita con semejante dieta, acabé por iniciarme en otros placeres, aunque nunca lejos de la comida. Ya aburrida de no conocer a ningún chico que me gustará como Manuel, que hacía ya dos años que había marchado, decidí dejar hacer a algunos chicos que llevaban tiempo rondándome. Aprovechando que mi padre se iba a casa a las diez de la noche y me dejaba a cargo del bar hasta que cerrábamos a las once o así, acabé más de una vez invitando a cenar boquerones en vinagre a Juan, el hijo menor de Don Juanillo. Mal peinado y peor vestido, accedía sorprendido a todos mis juegos, comiendo cada uno desde un lado de la barra un extremo del mismo boquerón, hasta que al acabar, nuestros labios se juntaban en un festival de saliva, aceite de oliva, ajo y perejil fresco. Y así Juan se ponía las botas de vez en cuando, cuando a mi me apetecía, e incluso un día se animó tanto que me acarició la teta izquierda aprovechando que el boquerón se acababa y yo, de puntillas, estaba casi encima de la barra. Como ya digo, yo me dejaba hacer. Un día que Juan estaba malo y no pudo venir (la panzada de boquerones se ve que acabó pasándole factura), invité a cenar a un amigo suyo, Alberto, algo mayor que yo y con más tablas que Juan. Como siempre cerré el bar a las once y mientras aliñaba los boquerones en la cocina, en silencio se acercó por detrás pegándose a mi como una lapa y cogiéndome las tetas; me giró y le faltó tiempo para meterme mano en las bragas mientras su boca buscaba la mía. Joder, con Alberto, era todo un pulpo, pero a mi me gustaba por lo descarado que era. Aquello acabó con un bofetón que dejó a Alberto desorientado y con la cara roja, para que quedara claro quién mandaba en mi cocina. La tercera vez que le invité, acabé sentada encima de los boquerones mientras él, cada vez más burro, me recorría con sus manos y su lengua. Aquello no estaba nada mal, ya digo que Alberto sabía lo que hacía, así que por primera vez no hubo bofetón y, entre boquerones aplastados y ese delicioso olor a aceite de oliva, perdí mi virginidad. Unas cuantas veces más repetimos la “cena”, aunque casi nunca cenábamos, hasta que unos meses después de estar

liados, el tonto de él se enamoró de mi por lo que dejé inmediatamente de invitarle. El siguiente fue Óscar, el hijo mediano de Don Juanillo, que iba a la universidad, y con quién aprendí mucho en el arte del fornicio, incluso lo hicimos en la cama aprovechando que conocíamos de sobra los horarios de su padre: estaba de sol a sol en el bar. En la época de exámenes, y cuando el bar lo permitía y salía a comprar, me desviaba un momento a su casa donde estudiaba, para llevarle algo de almuerzo, desde unos bollos de crema que había preparado bien temprano hasta unas tiras de panceta que le preparaba con unos huevos fritos, no era de gustos sofisticados, y así como postre nos pegábamos un revolcón rápido, tras el cual el volvía a sus libros y yo al bar. Todo esto debía desconcentrar bastante al muchacho pues no acababan de irle bien los estudios. Luego estuve unos meses con Andrés, a quién le volvían tan loco mis pezones como los callos con garbanzos que le preparaba los sábados cuando su madre salía al mercado; al volver la pobre mujer no se explicaba la falta de apetito de aquel mozarrón de casi dos metros de altura. Y así pasaron unos cuantos años durante los cuales fui perfeccionando tanto mi arte culinario como el sexual, pues en ambos aspectos siempre me ha gustado probar cosas nuevas y no repetir siempre los mismos platos.

Fue entonces cuando un buen día, sin previo aviso, Manuel entró en el bar. Era una mañana como otra cualquiera, temprano, y sólo Don Juanillo y otros dos clientes estaban en la barra. Se volvieron y al reconocerle fueron a saludarle, pues había estado trabajando con nosotros algo más de un año; a ellos se unió mi padre al escuchar desde la cocina el alboroto. Primero tuve ganas de soltar el trapo con el que secaba las copas y echar a correr hacia él y besarle y comérmelo, pero enseguida me di cuenta de que no me costaba ningún esfuerzo no hacerlo. Él seguía igual de guapo y atractivo, algo más quizá, ahora que rondaba los 25 años. Vestía parecido y seguía igual de callado pues, entre los saludos y palmadas de todos, solamente agachaba la cabeza y dibujaba una sonrisa en sus labios mientras le zarandeaban. Dejé pasar unos segundos y en voz alta pregunté “Hola, Manuel, ¿te acuerdas de mi?”. A partir de entonces fue cuando noté el primer cambio: esta vez si que me miró y al encontrarse con los ojos más pícaros que fui capaz de poner, aguantó allí la mirada hasta que se atrevió a decir un tímido “pues claro...” y apartó la vista. Yo sonreí y seguí secando las copas sin perder de vista lo que

hacía. Le comentó a mi padre que tras andar dando tumbos por ahí, había regresado a la ciudad y andaba buscando trabajo. No hizo falta que continuara pues mi padre enseguida le dijo que allí podría trabajar hasta que encontrara algo mejor. Yo estaba rebosante de alegría maliciosa. Allí estaba el tipo que no me hacía caso, del que me enamoré y que tanto me hizo sufrir. Seguía estando como un pan pero ahora me daba a mi en la nariz que la situación no iba a repetirse, aunque había llegado el momento de saldar cuentas pasadas, y yo no tenía ninguna prisa. El pobre no sabía donde se había metido.

Durante unas semanas me dediqué a ponerle lo más nervioso que podía. Además de olvidarme siempre de abrochar el último botón del vestido para confirmarle que no me equivoqué al pensar que mis tetas de adolescente crecerían más, me encargaba de coincidir con él en la estrecha barra, no poniéndole nada fácil pasar por detrás de mí sin rozarme mientras yo le decía inocentemente un “ay, perdona...” que él escuchaba con espanto. Pero qué morbo, el pobre allí atrapado no dejaba de vigilarme de reojo pues yo aprovechaba para agacharme a coger botellas del frigorífico o alcanzar las más altas de encima de la barra, de forma que el corto vestido le dejaba algo más que mis piernas. Cuando no le quedaba más remedio que ir a la cocina, rara era la vez que no me encontraba con las piernas abiertas haciéndome aire con el vestido mientras le preguntaba que si él no tenía calor. ¡Ja!, vaya si lo tenía, pues huía de allí como si el diablo mismo estuviera entre aquellos fogones.

Un buen día decidí pasar a mayores y le dije que si se podía quedar hasta que cerráramos el bar, que podíamos cenar juntos. Me puso varias excusas mal improvisadas pero al final no le quedó más remedio que aceptar dada mi insistencia. A eso de las diez y media, una vez que mi padre ya se había ido a casa y aprovechando un momento en el que no había clientes, le dije a Manuel que cerrara la puerta, que ya habíamos trabajado bastante. Obediente, así lo hizo, e igualmente accedió a acompañarme a la cocina para contarme, mientras yo preparaba la cena, cómo le había ido la vida estos últimos años. Me dieron ganas de sacarle para picar unos boquerones a la vinagreta pero lo deseché porque, aunque ya solamente imaginar su olor hacía que mis pezones se pusieran duros recordando mis primeros escarceos sexuales, esta vez quería que el asunto durara algo más que con Juan o con Alberto. Así que lo senté en una silla y,

mientras escuchaba sin mucho interés los trabajos y ciudades donde había estado, comencé abriendo al vapor unos mejillones que, una vez picados y junto con unas verduritas pochadas con cognac, servirían para hacer una rica bechamel con la que rellenaría unos pimientos del piquillo. Yo le interrumpía continuamente, volviéndome de vez en cuando y preguntándole si le gustaban los pimientos o los mejillones o lo que fuera, más con el ánimo de pillarle mirándome el trasero que por otra cosa. A esas alturas, al pobre ya le gustaba cualquier cosa por la que le preguntara. Mientras sacaba del horno un bizcocho para preparar una tarta de frambuesas que nos serviría de postre, volví a interrumpirle preguntándole que tendría muchas novias con lo guapo que era, ya que noté cómo omitía a propósito cualquier referencia a su relación con las chicas. Aquello le hizo enrojecer hasta las orejas mientras yo seductoramente le miraba de arriba debajo de reojo y me chupaba los dedos con sabor a bizcocho. Ni él respondió, ni yo esperé la respuesta, seguí con lo mío y comencé a preparar unas pechuguitas de pollo y dos muslos deshuesados y sin piel, en pequeños trozos, con una salsa de cebolla y zanahoria, a la que agregué un poquito de vino blanco para darle alegría.

Una vez hecha la cena y puesta a enfriar la tarta de frambuesa, preparamos la mesa allí mismo, en la cocina. Abrí para la ocasión una botella de vino “del bueno”, como decía Don Juanillo. Serví dos copas generosas, y brindamos por los dos. Manuel estaba un poco inquieto pues yo no me había sentado frente a él sino a su lado, para hablar más tranquilamente, le dije. Estábamos con los pimientos rellenos de mejillón y ya estaba mediada la botella de vino cuando recordé de repente que por allí teníamos unas riquísimas anchoas en salmuera, traídas de Santoña por un amigo de mi padre. Esta vez no lo pude evitar, las preparé con ajito picado y un chorrito de aceite de oliva extra virgen y las serví un plato ya que combinaban de maravilla con los pimientos rellenos. Aun sin ser boquerones, comencé a caldear el ambiente cogiendo por la cola una de las más grandes y ofreciéndosela a Manuel, quién ante mi insistencia (y los salpicones de aceite) tuvo que comérsela de un bocado. Nuestros ojos se encontraron durante tres larguísimos segundos y noté cómo me empezaba a envolver un deseo que no sabía si podría o querría controlar, así que, sonriendo dulcemente, me acerqué aún más a él y con una mano en su pierna derecha y con la otra sosteniendo otra anchoa en lo alto, volvimos a repetir la jugada.

Esta vez se pringó todo el morro con la salsita y yo, que ya me había empezado a poner como una moto, aproveché para darle un suave morreo para probar esos labios tan deseados, ahora con un rico sabor a Cantabria. Él se quedo de piedra, pero cuando le di un trozo de pan entre risas, sus ojos brillaron y reaccionó. Esta vez me tocó a mi "pescar" la anchoa, acompañada posteriormente de un dulce beso, a pesar de no haberme manchado la boca al comerla. Continuamos con los olvidados pimientos rellenos, dándonos de comer el uno al otro, acompañándolos de delicados besos en las comisuras de los labios y caricias en la cara. Cuando acerqué la cazuela con el pollo en salsa de zanahoria, unté el dedo índice en la espesa salsa y se lo ofrecí mientras me mordía el labio inferior por la excitación. Su forma de lamerlo mientras cerraba los ojos, imaginando que comía alguna otra cosa, fue lo que hizo que, casi de forma inconsciente, me sentara encima suyo, cara a cara. Segundos después los blanditos trozos de pollo cubiertos de salsa caían por mi escote mientras Manuel me desabrochaba veloz pero hábilmente el vestido y los recogía con su boca de entre mis pechos, entreteniéndose a la vuelta en mis pezones. Yo ya estaba como loca y me echaba hacia atrás, sobre la mesa; él me sujetaba por la cintura y colocaba otro poco más de pollo en mis pechos mientras yo vibraba entre sus manos, que ahora estaban ocupadas quitándome las bragas. Me tumbé en la mesa, sobre el pollo, los vasos, yo qué sé, sujetando la cabeza de Manuel entre mis muslos y durante lo que me pareció una eternidad me devoró con sus labios y su lengua maravillosa de sabor a zanahoria que me recorría como una cuchilla de placer. De repente note algo frío en el pubis y me estremecí, aunque sólo por un instante pues por el profundo olor a frambuesa adiviné que ya habíamos pasado al postre. Manuel devoraba sin prisa la tarta que se escurría lentamente entre mis piernas; eficientemente, su lengua recogía cada migaja y semillita de frambuesa de mi cuerpo estremecido por el orgasmo. Aún quedó tarta para que le correspondiera una vez librado de sus pantalones y poco tardamos en acabar en el suelo de la cocina, follando entre los restos de aquella cena tan romántica, haciendo lo que deberíamos haber hecho el primer día que nos vimos.

No volví a ver a Manuel. Mi padre me preguntó al día siguiente que si nos habíamos enfadado o algo así después de irse él a casa y no mentí al decirle que todo lo contrario. No se

porqué decidió no volverme a ver pero el cabrón de él acabó finalmente por hacerme perder el control y volverme a enamorar. Aún hoy me da un vuelco el corazón cuando alguien abre la puerta por la mañana temprano, hasta comprobar que no es más que Don Juanillo que, como casi todos los días de mi vida, entra dando tumbos en el bar.